

llegará en su momento, pero, al mismo tiempo, tiene la clara convicción de que es sólo el Espíritu Santo, «principio invisible» de la unidad de la Iglesia, quien en definitiva hace fecundo todo esfuerzo humano por conseguir la unidad.

En ese camino de esfuerzo e ilusión aparece Johann Adam Möhler como figura señera con su pasión por la unidad y por la verdad. Los actuales editores han llevado a cabo la tarea de hacerlo accesible en lengua castellana al hombre de hoy con toda la perfección que permiten los medios técnicos actualmente disponibles. La misma traducción de Daniel Ruiz Bueno, con su castellano inconfundible, facilita captar el «estilo» möhleriano. El texto de Möhler se ofrece íntegro y exacto, en un engarce que nos lo hace comprender en su contexto histórico y en su intención de fondo. Ambas cosas han sido posibles porque los editores comulgan con Möhler, no sólo en la ilusión por la obra científicamente bien hecha, sino también en la pasión por la unidad y la verdad.

Lucas F. MATEO-SECO

Hervé PASQUA, *Blaise Pascal penseur de la grâce*, préface de Philippe Sellier, Pierre Téqui Éditeur, Paris 2000, 222 pp., 15 x 21,8, ISBN 2-7403-0778-0.

El profesor Pasqua, bien conocido en la Universidad de Navarra, es en la actualidad Decano del Instituto Universitario Saint-Melaine en Rennes (Bretaña). El presente estudio parte de los *Escritos sobre la gracia* que, como lo pone de relieve el autor, proyectan una luz esclarecedora sobre los *Pensamientos*. La doctrina de Pascal puede sintetizarse en los siguientes términos: el más pequeño don de la gracia es más grande que el conjunto de lo creado, y el reino de Dios sobre un corazón tiene más potencia que el poder del más grande de los imperios de la tierra. Los *Pensamientos* describen cuán miserable es el hombre sin Dios. Los *Escritos sobre la gracia* enseñan el camino que lleva al hombre hacia la felicidad con Dios, y fundamentan el proyecto apologético de Pascal: sin la gracia, el hombre está incapacitado para conocer a Dios, pero con la ayuda de la gracia puede llegar hasta Él.

Dicho proyecto lo dicta la pura y alta caridad cristiana que padece ante los que no tienen fe, los que la buscan sin tenerla y los que no la tienen y hasta la combaten, escribe el mismo Pascal. Lo que se propone entonces es empezar por enseñar que la religión no se opone a la razón, sino hacerla amable, hacer que los buenos deseen que sea verdadera y demostrar luego que es verdadera.

La libertad se nos presenta en el pensamiento moderno como una facultad que se realiza en la autonomía del sujeto dueño y constructor de su propio

destino, y culmina en la voluntad de potencia. Ahora bien, no reside la raíz de la libertad en el poderío que le confiere la técnica, sino en el que le da la gracia. Con ello, Pascal opone una visión cristocéntrica heredada de San Agustín, a una concepción antropocéntrica del hombre.

Con semejante seguridad se entiende que Pascal no haya perdido nunca una sencillez llena de alegría, que le distingue del jansenismo al que se le ha querido asemejar tan frecuentemente. Pero quizá lo que más lo diferencia de los jansenistas es su proyecto de la *Apología*, en el que rechaza la aseveración jansenista de que la gracia actúa sobre el hombre de tal manera que determina su libertad.

La *primera parte* del libro está dedicada a presentar la búsqueda de Dios por parte del hombre, partiendo de los *Pensamientos*. Para ello, Pascal se propone superar el modelo del tipo ideal del hombre del s. XVII, considerándole con una mirada cristiana: lo depura, rechazando del arte de ser agradable, el antropocentrismo subyacente que hace del hombre el centro y la cumbre del universo, escribe el profesor Pascal, que muestra a la par su diferencia con el espíritu de finura y geometría al que afecciona Pascal. En las diversiones, lo que los hombres buscan es, en definitiva, un medio para no pensar en la pesada condición en la que han caído al olvidarse de Dios, y ese estado es la mayor miseria. Lo que quiere Pascal es dar a entender al hombre que si se encuentra en ese estado es porque ha decaído de una naturaleza mejor que le era propia en otros tiempos.

Con los *Pensamientos* Pascal se dirige antes que nada a los libertinos, y acude a las matemáticas para convencer al libertino racionalista que el punto de vista científico es inferior al teológico y al metafísico. Por ejemplo, en contra de la objeción de que es imposible que Dios sea infinito y sin partes, acude a la geometría que tiene que reconocer la existencia de una cosa infinita e indivisible: un punto que se desplaza con una velocidad infinita puesto que se encuentra en todas partes y está entero en cada lugar. Por otra parte, en la medida en que el libertino invoca la razón de felicidad para justificar su ateísmo, importa antes de nada hacerle ver que no se trata de escoger entre la verdad y la felicidad, sino entre la verdad que hace feliz y el error que hace infeliz, entre una felicidad limitada que desemboca en la nada y una felicidad infinita que consiste en la vida eterna.

En un capítulo sobre el corazón y la razón, el autor señala que no se oponen en Pascal: llama corazón a la razón en cuanto facultad unitiva, ya que en el lenguaje del amor es el corazón lo que une. Comenta el profesor Pascal que el corazón es la inteligencia en cuanto une a Dios que es el Ser perfecto y deseado como Bien infinito. El corazón siente los primeros principios, es decir que los ve; la razón se sirve de ellos para razonar y, por tanto, necesita del corazón. Pascal se esfuerza por humillar a la razón, no para suprimirla, sino para ponerla

debajo del corazón. Son dos niveles de una misma facultad de conocimiento; cada uno puede privilegiar uno de esos dos niveles, ya que existen dos tipos de espíritus, como he mencionado anteriormente: el espíritu de geometría y el espíritu de finura.

Estudiando el conocimiento de sí mismo, Pascal afirma, en contra de Descartes, que no puede darse un conocimiento de sí mismo sin una experiencia de sí mismo, y no duda de la existencia del yo, sino que se pregunta por su esencia: ¿qué es el yo? Se trata de conocerse como objeto del pensamiento amoroso y misericordioso de Dios; la experiencia existencial de la miseria va acompañada necesariamente de la experiencia del pensamiento. Conocerse realmente a sí mismo, es conocerse a la vez grande y miserable. Pero no miserable porque el pensamiento del hombre se haya encarnado, sino porque quiere hacerse el centro absoluto y la fuente primordial de todo lo que existe y de todo que Él es. Por tanto, el conocimiento de sí mismo toma necesariamente el derrotero de la humildad, que consiste en reconocerse pequeño frente a Dios; es sólo partiendo de esta verdad como uno puede acceder a la verdad sobre Dios. Pero también sólo accede a la verdad a través de la caridad. Y ello es obra de la gracia.

Sentados estos principios, llegamos a la *segunda parte* del comentario del profesor Pascal, que abarca precisamente los *Escritos sobre la gracia*, en los que ve una auténtica obra teológica. La *Carta* (conjunto de seis elementos distintos del mismo género) y el *Discurso* (con cuatro textos) llevan a preguntarse si, dejado a sus propias fuerzas, el hombre puede naturalmente alcanzar una meta sobrenatural, la santidad. La respuesta no deja lugar a dudas: esto no le es posible y no encuentra en su propia naturaleza la fuerza necesaria para cumplir los mandamientos; afirmar lo contrario sería caer en el error del pelagianismo. Y tampoco puede referirse esta fuerza a una gracia suficiente de la que el libre albedrío podría o no hacer uso. En cuanto al *Tratado* (que comprende dos textos), estudia los designios de Dios antes de crear el mundo, porque, para Pascal, es necesario remontarse a los orígenes para explicar la condición presente del hombre después de la caída. Estudia por tanto el tema de la predestinación; de acuerdo con San Agustín, empieza con la distinción entre el estado del hombre antes del pecado y después del pecado. Llamada a un destino sobrenatural, la naturaleza humana no podía elevarse hacia ella con sus propias fuerzas: incluso antes de la caída, precisaba ya de la gracia. Para cumplir los preceptos divinos, no necesitaba Adán de otra gracia que la gracia suficiente. Después del pecado, el hombre tiene necesidad de una gracia mucha más poderosa, que tan sólo puede provenir de los méritos de Jesucristo. Y puesto que todo bien procede de Dios y tiene a Dios como fin último, no puede concebir el hombre su felicidad sin Dios.

Toda esta segunda parte del trabajo del profesor Hervé Pasqua explica esta realidad de la eficacia de la gracia divina, verdad que Pascal defiende en contra de los molinistas y de los calvinistas. Cuando Pascal escribe: «La fe cristiana casi tan sólo establece las dos cosas siguientes: la corrupción de la naturaleza, y la Redención de Jesucristo», es para colocarse en el mismo terreno que Lutero y Calvino, con el propósito de llevarles al suyo. Al describir la miseria humana con tonos que parecen pesimistas, quiere hacer notar la necesidad que tiene el alma de la gracia y el papel medicinal de ésta con respecto a la naturaleza llagada por el pecado original, pero no enteramente corrompida. Es de notar además, que lo que querría Pascal era quitar a la doctrina agustiniana un aspecto de dureza que aleja a más de uno, para ponerla en condición de ser gustada y abrazada por más gentes. Esta condición del alma permite que la gracia pueda actuar como medicina para la naturaleza decaída, sin que por ello se pudiera aniquilar la libertad humana.

La acción de Dios es necesariamente eficaz. Se plantean entonces los siguientes interrogantes: por una parte, si la moción divina hace que la naturaleza humana pase del estado de pecado al estado de santificación y se adhiere a Dios, ¿cómo se concilia con la libertad del hombre?; y, por otra parte, si las intenciones de Dios con respecto a sus criaturas no se realizan porque se oponen a ellas, ¿cómo explicar la omnipotencia divina? No podemos entrar de modo detallado en esta temática. Indiquemos tan sólo, como el autor lo pone de relieve, que Pascal no rechaza de modo absoluto la gracia suficiente, sino que la expresa de un modo distinto al de los molinistas. Se puede concebir la gracia en dos tiempos, dice, o sea, fuera del tiempo cronológico, el tiempo del hombre, para concebirla según el tiempo de Dios, en la eternidad. Dios puede actuar en distintas etapas en una continuidad sin extensión, ya que en Él todos los instantes coinciden. En un primer momento, Dios da al hombre los primeros deseos de salir de sus compromisos, escribe Pascal, y, en un segundo momento, después de romper nuestras ataduras, caminamos hacia Él corriendo en la vía de sus preceptos. Por tanto, al proclamar que la gracia es obra exclusiva de Dios, lo que quiere Pascal no es aniquilar la libertad humana como Janenio, sino celebrar la libertad de Dios.

Cabe estudiar ahora la relación que se da entre la libertad de Dios y la predestinación. Afirma Pascal en el *Tratado* que la voluntad del hombre y la voluntad de Dios concurren tanto para su salvación como para su condena, y se pregunta si la voluntad del hombre es causa de la voluntad de Dios, o bien si la voluntad de Dios es causa de la voluntad del hombre. La voluntad dominante puede considerarse como única, pero no exclusiva: es única porque tan sólo a ella puede atribuirse la acción o negársela. La solución no la encuentra

Pascal en el molinismo o en el calvinismo, como queda dicho, sino en San Agustín: no quiere Dios de antemano la condena de ciertos hombres, porque es bueno y justo. Puede salvar a hombres sin méritos por su cuenta, porque es bueno; y no puede condenar a nadie sin desméritos, porque es justo.

Llegados a este punto, queda por ilustrar el hecho de que Jesucristo es el único camino hacia Dios, y que toda la eficacia de la gracia proviene de Él, y aquí Pascal se enfrenta otra vez con los molinistas que ignoran el papel mediador de Cristo al acentuar el papel del libre arbitrio. Esta teología cristocéntrica fundamenta el proyecto apologético de Pascal. La naturaleza, auxiliada por la gracia, el corazón del hombre, ya puede recibir la verdad del cristianismo. La misma razón, iluminada por la fe, se encuentra confirmada con pruebas irrefutables. Partiendo de ello, la vida cristiana puede desarrollarse en una espiritualidad de la que Cristo es el centro y la cumbre.

De ahí que el último capítulo de tan apasionante trabajo del profesor Pasqua esté dedicado a la espiritualidad de Pascal, de la que se ha hecho notar que va dirigida a los laicos. Cabría volver a la alegría pascaliana, que es, afirma el profesor Pasqua, la expresión más fiel de su personalidad y de su obra entera, y cita algunos párrafos de Pascal que confirman ampliamente lo aseverado, como el siguiente: los bienaventurados poseen esta alegría sin mezcla alguna de tristeza; la gente del mundo tiene su tristeza sin esta alegría; y los cristianos tienen esta alegría mezclada de tristeza por haber seguido otros placeres, y del temor de perderla por el atractivo de estos otros placeres que nos tientan de continuo. Alegría a la que iba unida la práctica de virtudes como la humildad, la pobreza; también encontramos en las obras de Pascal consideraciones acertadas sobre la adhesión al magisterio eclesiástico, en el que Pascal ve la fidelidad a la misión que Cristo confió a su Iglesia, y hace falta subrayar precisamente el amor incondicionado del autor de los *Pensamientos* a la Iglesia, amor que no puede separarse de su amor de Jesucristo, que a su vez no puede separarse de su amor a la Eucaristía.

En dos anexos, el profesor Hervé Pasqua estudia los problemas exegéticos que se plantean acerca de las obras de Pascal: ¿son los *Pensamientos* fragmentos o un discurso?, y, por otra parte, ¿cuál es la composición exacta de los *Escritos sobre la gracia*? Se apoya en parte en los trabajos del profesor Philippe Sellier, el especialista en Pascal de mayor renombre. A él debemos el Prefacio, en el que escribe que el lector, guiado por M. Pascal, descubrirá la fuerza de numerosas páginas de los *Escritos sobre la gracia*. Apreciará también muchas fórmulas calurosas y esclarecedoras del mismo guía. E insiste en el capítulo sobre la espiritualidad de Pascal, tema hasta ahora tan sólo tratado por el profesor Mesnard. Subraya hasta qué punto Pascal celebra la alegría del cristiano, en

contra de la idea romántica, por desgracia corriente, de un supuesto Hamlet del catolicismo (Barbey d'Aureyvilly). Se trata de una espiritualidad del laico, atractiva para los laicos a quienes la coloración claustral de la *Imitación de Jesucristo* o de San Juan de la Cruz deja a veces perplejos. Pascal ha combatido en el mundo. Su cristocentrismo excepcional, que hasta removía a un agnóstico como Brunschvicg, sigue siendo fascinante hoy en día. Y concluye que el mundo contemporáneo tiende a doblarse a ras de tierra y de los efímeros acontecimientos, a encerrarse en la inminencia. Es a este mundo al que el sabio Pascal grita: Grandeza del alma humana, creada por Dios y que tan sólo puede satisfacerse con Él.

Dominique LE TOURNEAU